

GIBRÁN KHALIL GIBRÁN
LAZARO Y SU AMADA
(1925)

"¿No te dije yo que si creías verías la gloria de Dios?" Entonces retiraron la piedra. Jesús, elevando los ojos, dijo: Padre, gracias, te doy por haberme escuchado. Yo sabía que siempre me escuchas, pero hablé así a causa de esta multitud que me rodea, a fin de que ellos sepan que Tú me enviaste." Habiendo así hablado, clamó en alta voz: "Lázaro, sal fuera."

Salió aquel que estaba muerto, atados los pies y las manos con fajas, y envuelto su rostro con una sábana. Y entonces díjoles Jesús: "Desatadlo y dejadlo partir."

San Juan, IX, 40 -41

Personajes

LÁZARO
MARÍA, su hermana
MARTA, su hermana
LA MADRE de Lázaro
FILIPPO, un discípulo
EL LOCO

Escenario

Jardín frente a la casa de Lázaro, su madre y sus hermanas, en Betania.

Época

Fin de la tarde del lunes, un día después de la resurrección de Jesús de Nazareth en su sepulcro.

Al levantarse el telón, MARÍA está a la derecha, mirando hacia las montañas.

MARTA está sentada con su telar cerca de la puerta, a la izquierda.

EL LOCO está sentado en un rincón de la casa, a la izquierda, recostado contra la pared.

MARTA (*volviéndose hacia María*): No estás trabajando. No has trabajado mucho estos últimos días.

MARÍA: No estás pensando en mi trabajo. Mi indolencia te hace pensar en lo que dijo nuestro Maestro, ¡el amado Maestro!

LOCO: Día vendrá en que no habrá tejedores y nadie usará ropas. Todos nosotros estaremos desnudos bajo el sol. (*Se produce un largo silencio. Las mujeres parecen no haber escuchado lo que dijo el Loco. Nunca lo oyen*)

MARÍA : Se está haciendo tarde.

MARTA: Sí, ya losé. Se está haciendo tarde.

(Entra la Madre, saliendo de la puerta de la casa).

MADRE: ¿Él aún no volvió?

MARÍA- No, madre, él aún no regresó.

(Las tres mujeres miran hacia las montañas.)

LOCO: Él nunca volverá. Lo que podrán ver será solamente una respiración dentro de un cuerpo.

MARÍA: Tengo la impresión de que él aún no volvió del otro mundo.

MADRE: La muerte de nuestro Maestro lo amargó profundamente. Durante estos últimos días, casi no comió nada y yo sé que pasa las noches sin dormir.: Debe haber sido la muerte de nuestro Amigo.

MARTA: No, madre. Hay alguna otra cosa, algo que yo no comprendo.

MARÍA : Así es. Hay alguna otra cosa. También yo lo sé. Hace muchos días que lo sé, pero no le encuentro ninguna explicación. Los ojos de él son más profundos. Me miran como si estuviesen viendo algo más a través de mí. Es tierno, pero su ternura es para alguien que no está presente. Y se queda en silencio, tan silencioso como si tuviese el sello de la muerte sobre los labios.

(Cae el silencio sobre las tres mujeres)

LOCO: Todos miran a través de alguien para ver a otra persona.

MADRE *(rompiendo el silencio)*: Sería bueno que él volviera. Últimamente ha pasado muchas horas en aquellas montañas, solo. Debiera estar aquí, con nosotros.

MARÍA: ¡Hace mucho tiempo que el no ha estado con nosotros, madre!

MARTA: ¡Oh, no! Él siempre ha estado con nosotros. ¡Sólo faltó estos tres días!

MARÍA: ¿Tres días? ¡Tres días! Sí, Marta, tienes razón. Fueron solamente tres días.

MADRE: Me gustaría que mi hijo volviera de las montañas.

MARTA: Vendrá enseguida, madre. No debes preocuparte.

MARÍA *(con una voz extraña)*: A veces siento que él nunca más volverá de aquellas montañas.

MADRE: Si él volvió del sepulcro, ciertamente regresará de aquellas montañas. ¡Ay, hijas mías, cómo duele pensar que Aquél que nos restituyó la vida de él, ayer fue muerto!

MARTA: Hay en eso un gran misterio y un gran dolor.

MADRE: ¡Y pensar que pudieron ser tan crueles con Quien trajo a mi hijo de vuelta a mi corazón!

(Un silencio)

MARTA: Pero Lázaro no debiera quedarse tanto tiempo en las montañas...

MARÍA: Es fácil para una persona que sueña, perderse entre los olivares. Yo sé de un lugar donde a Lázaro le gustaba sentarse y soñar, en silencio. Junto a un pequeño arroyo, madre. Quien no conoce el lugar es muy capaz de no encontrarlo. Una vez me llevó allá, y nosotros nos sentamos sobre dos piedras, como criaturas. Era primavera y las florecillas crecían junto a nosotros. Hablábamos muchas veces de ese lugar durante el invierno. Y siempre que él hablaba de ese lugar había un brillo extraño en sus ojos.

LOCO: Sí, una luz extraña, la sombra proyectada por la otra luz.

MARTA: Y tú sabes, madre, que Lázaro siempre estuvo ausente de nosotros, aunque estuviese junto a nosotros.

MADRE: ¡Dices tantas cosas que yo no puedo comprender! *(Pausa)* Desearía que mi hijo ya estuviera de vuelta. *(Pausa)* Tengo que entrar. Es necesario no dejar cocinar demasiado las lentejas.

(La madre sale por la puerta de la casa)

MARTA: Me gustaría comprender todo lo que dices, María. Cuando hablas es como si alguien más estuviese hablando.

MARÍA *(con voz un poco extraña)*: Ya lo sé, querida hermana, ya lo sé. Siempre que hablamos es otra persona la que está hablando.

(Hay un prolongado silencio. María está completamente ensimismada en sus pensamientos y Marta la observa con una pizca de curiosidad. Lázaro entra, recién venido de las montañas, por la izquierda, al fondo. Se acuesta en la hierba, bajo los almendros próximos a la casa).

MARÍA *(corriendo hacia él)*: ¡Oh, Lázaro, seguramente estás muy cansado! ¡No debías haber andado tanto!

LÁZARO *(hablando como si estuviese ausente)*: Caminar, caminar y no ir a ningún lado. Buscar y no encontrar nada. Pero es mejor estar en las montañas.

LOCO: Bien, al final de cuentas es un poco más cercano de las otras montañas.

MARTA *(después de un breve silencio)*: Pero no estás bien, nos dejas durante todo el día y nosotros nos quedamos muy preocupados. Cuando vuelves, Lázaro, estamos muy felices. Pero cuando nos dejas solos nuestra felicidad se transforma en ansiedad.

LÁZARO *(volviendo el rostro hacia las montañas)*: ¿Os dejé hoy por mucho tiempo? Es extraño que llames separación a un momento en las montañas. ¿O acaso me quedé verdaderamente más de un momento en las montañas?

MARTA: Te quedaste allá todo el día.

LÁZARO: ¡Imposible! ¡Un día entero en las montañas! ¿Quién creería eso?

(Un silencio. La madre entra, saliendo por la puerta de la casa.)

MADRE: ¡Estoy tan contenta de que hayas vuelto, hijo mío! Es tarde y la niebla se está acumulando en las montañas. Tuve miedo por tu causa, hijo.

LOCO: Tiene miedo de la niebla. Y la niebla es el comienzo para ellos, y la niebla es el final.

LÁZARO: Sí, volví de las montañas por vosotras.. ¡Oh, qué pena, qué pena es todo esto!

MADRE: ¿Qué quieres decir, Lázaro? ¿Por qué todo esto te da pena?

LÁZARO: Nada, madre. Nada.

MADRE: Hablas de manera extraña. No te comprendo, Lázaro. Poco has dicho desde que volviste a casa, pero lo poco que has dicho ha sido extraño para mí.

MARTA: Muy extraño, sí. *(Hay una pausa)*

MADRE: Y ahora la niebla se está acumulando aquí. Vamos a entrar. Venid, hijos míos.

(La madre, después de besar a Lázaro con ansiosa ternura, entra en la casa)

MARTA: Hay algo frío en el aire. Voy a llevar mi telar y mi paño para adentro.

MARÍA *(sentada al lado de Lázaro, en la hierba, bajo los cedros y hablando con Marta)*: Es verdad, las noches de abril no son buenas para tu telar y tu paño. ¿Quieres que te ayude a llevar todo adentro?

MARTA: No, no. Puedo ocuparme sola de todo. Siempre lo hice todo sola.

(Marta lleva el telar a la casa y luego regresa para recoger el paño, que también lleva adentro. Un soplo de viento pasa balanceando los almendros y haciendo caer una lluvia de pétalos sobre María y Lázaro)

LÁZARO: La primavera nos consolaría, y hasta los árboles llorarían por nosotros. Todo lo que hay en la tierra, si todo lo que en ella hay pudiese saber de nuestra declinación y de nuestra angustia tendría compasión de nosotros, y por nosotros lloraría.

MARÍA: Pero la primavera está con nosotros, y aunque envuelta en un velo de tristeza, no deja de ser la primavera. No hablemos de compasión... Por el contrario, vamos a aceptar a la primavera y a nuestra tristeza con gratitud. Admiremos en dulce silencio a Aquél que te dio la vida, pero entregó Su propia vida. No hablemos de compasión, ni de pena, Lázaro.

LÁZARO: Pero es una pena, algo lastimoso que yo haya sido arrancado de mil milenios de deseo del corazón, de mil milenios de hambre del corazón... Es una pena que después de mil milenios de primaveras yo haya vuelto a este invierno.

MARÍA: ¿Qué quieres decir, hermano mío? ¿Por qué hablas de mil milenios de primaveras? Estuviste apenas tres días ausente de nosotros. Tres breves días. Pero nuestra tristeza fue, en verdad, mayor de tres días.

LÁZARO: ¿Tres días? ¡Tres siglos de eternidades! ¡Todo el tiempo! ¡Todo el tiempo con aquella que mi alma amó antes que el tiempo comenzase!

LOCO: Sí, tres días, tres siglos, tres eternidades. Es extraño que siempre pesen y midan. Siempre es un reloj de sol y una balanza.

MARÍA *(con terror)*: ¿Aquella que tu alma amaba antes que el tiempo comenzara? ¿Por qué dices esas cosas, Lázaro? Debe haber sido un sueño que tuviste en otro jardín. Ahora estamos aquí, en este jardín, cerca de Jerusalén. Estamos aquí. Y sabes muy bien, hermano mío, que nuestro Maestro quería que estuvieras con nosotros en ese despertar al sueño de la vida y del amor, y que Él quería tener en ti a un ardiente discípulo, un testigo vivo de Su gloria.

LÁZARO: Aquí no hay sueño, ni hay despertar. Tú, yo y este jardín no pasamos de ser una ilusión, una sombra de lo real. Allá; donde yo estuve con mi amada, allí fue el despertar, esa es la realidad.

MARÍA *(levantándose)*: ¿Tu amada?

LÁZARO *(también levantándose)*: Mi amada.

LOCO: Eso mismo. Su amada, la virgen del espacio, la amada de todos.

MARÍA: ¿Pero dónde está tu amada? ¿Quién es ella?

LÁZARO: Mi corazón gemelo, a quien busqué aquí y no encontré. Entonces la muerte, el ángel de pies alados, apareció y condujo mi ansiedad hacia los anhelos de ella, y con ella viví en el corazón de Dios. Y me aproximé a ella y ella a mí, y fuimos uno solo. Éramos una esfera que relucía al sol; éramos un rincón entre las estrellas. Todo eso, María, todo eso y mucho más hasta que una voz, una voz desde las profundidades, la voz de un mundo, me llamó, y aquello que era inseparable fue desgarrado. Y los mil milenios con mi amada en el espacio no pudieron evitar el poder de aquella voz que me llamó de regreso.

MARÍA *(mirando al cielo)*: ¡Oh, ángeles benditos de nuestras horas de silencio, hacedme comprender eso! Yo no sería una extraña en esa nueva tierra descubierta por la muerte. Habla más, hermano mío, continúa. En el fondo de mi corazón creo que puedo seguirte.

LOCO: Síguelo, si puedes, mujercita. ¿Puede la tortuga seguir al ciervo?

LÁZARO: Yo era un río y busqué el mar donde mi amada vive, y cuando llegué al mar fui llevado a las montañas, para correr de nuevo entre las piedras. Yo era un canto aprisionado en el silencio, ansiando el corazón de mi amada, y cuando los vientos del cielo me liberaron y me lanzaron en aquella floresta verde,

fui apresado por una voz y de nuevo reducido al silencio. Yo era una raíz en la tierra oscura y me torné flor, y después, un aroma en el espacio que subió para envolver a mi amada, y fui tomado por una mano, y volví a ser una raíz en la tierra oscura.

LOCO: Cuando se es una raíz, siempre se puede escapar de la tempestad que agita a las ramas. Y es bueno ser un río que corre aún después de haber llegado al mar. Es claro que es bueno para el agua correr hacia arriba.

MARÍA (*consigo misma*): ¡Qué cosa extraña, qué extraña! (*a Lázaro*) Pero, hermano mío, es bueno ser un río que corre, un canto que aún no fue cantado, y es bueno ser una raíz en la tierra oscura. El Maestro sabía todo eso y te llamó de regreso para nosotras, para que supiéramos que no hay un velo entre la vida y la muerte. ¿No ves que eres un testigo vivo de la inmortalidad? ¿No ves cómo una palabra pronunciada con amor puede reunir los elementos dispersos por una ilusión llamada muerte? Cree y ten fe, pues sólo en la fe, que es nuestro conocimiento más profundo, puedes tener consuelo.

LÁZARO: ¡Consuelo! ¡El consuelo es traidor y mortífero! El consuelo adormece nuestros sentidos y nos hace esclavos del tiempo. No quiero consuelo. ¡Quiero la pasión! ¡Quiero la pasión! ¡Quería arder en el espacio helado con mi amada! ¡Quiero quedarme en el espacio infinito con mi compañero, mi otro yo! Oh, María, María, fuiste otrora mi hermana y nos conocíamos uno al otro, aun cuando nuestros parientes más próximos no nos conocían. Escúchame, ahora, escúchame con todo mi corazón.

MARÍA: Estoy escuchando, Lázaro.

LOCO: Que el mundo entero escuche. El cielo ahora va a hablarle a la tierra, pero la tierra está sorda. La tierra es casi tan sorda como tú y como yo.

LÁZARO: Estábamos mi amada y yo en el espacio, y éramos todo el espacio. Estábamos en la luz y éramos toda la luz. Y vagábamos como el antiguo espíritu que se movía sobre las aguas; y fue para siempre el primer día. Eramos el propio amor que vive en el corazón del silencio blanco. Entonces, una voz como trueno, una voz como innumerables lanzas que rasgaran el éter, gritó diciendo: "Lázaro, sal fuera." Y la voz se repitió en ecos y tornó a volver en el espacio, y yo, que era liso como la pleamar, me volví bajar; una casa dividida, un manto roto, un joven verde, una torre desmoronada, de cuyas ruinas se hizo un punto de referencia a partir de ese momento. Una voz gritó: "¡Lázaro, sal fuera!" y yo descendí de la mansión del cielo hacia un sepulcro dentro de un sepulcro. Este cuerpo dentro de una gruta sellada.

LOCO: Señor de la caravana, ¿dónde están tus camellos y dónde están tus hombres? ¿Fue la tierra hambrienta quien los engulló? ¿Fue el *simum* que los amortajó en arena? ¡No! Jesús el Nazareno levantó la mano. Jesús el Nazareno pronunció una palabra y, ahora dime, ¿dónde están tus camellos y dónde están tus hombres y dónde están tus tesoros? En la arena sin caminos, en la arena sin caminos. Pero el *simum* volverá y desenterrará todo. Él nunca deja de volver. Él también me llamó de regreso, pero yo no obedecí, y ahora me llaman loco.

MARÍA: ¿Tengo yo un amado en el cielo, Lázaro? ¿Puede mi anhelo haber creado un ser más allá de este mundo? ¿Y tengo que morir para estar con él? Dime, hermano mío, ¿tengo también un compañero? Si así fuera, ¿para qué vivir y morir, y vivir y morir de nuevo, si un amado me espera para darme plenitud y para yo darle la plenitud?

LOCO: Toda mujer tiene un amado en el cielo. El corazón de toda mujer crea un ser en el espacio.

MARÍA (*murmurando suavemente, como para sí misma*): ¿Tengo yo un amado en el cielo?

LÁZARO: No sé. Pero si tuvieses un amado, un otro Yo, en algún lugar, en algún tiempo, y te encontraras con él, no dejarías ciertamente que nadie te separase.

LOCO: Él puede estar aquí y Él puede llamarla. Pero como tantos otros, ella no escuchará.

LÁZARO (*llegando al centro del escenario*): Esperar, esperar que cada estación sobrepase a otra estación; y entonces esperar que esa estación sea superada por otra; ver todas las cosas llegar a su terminación antes que nuestro fin llegue; el fin que es el comienzo. Escuchar todas las voces y saber que ellas se funden en el silencio, todas menos la voz del corazón, que clama hasta en el sueño.

LOCO: Los hijos de Dios se casaron con los hijos de los hombres. Después, se divorciaron. Ahora los hijos de los hombres desean a los hijos de Dios. Siento pena por todos ellos, los hijos de los hombres y los hijos de dios. (*Un silencio*).

MARTA (*apareciendo en la puerta*): ¿Por qué no entras en la casa, Lázaro? Nuestra madre ya preparó la cena. (*Con un poco de impaciencia*) Siempre que tú y María estáis juntos, conversáis, conversáis y nadie sabe lo que decís. (*Marta se queda allí algunos instantes y luego regresa a la casa*)

LÁZARO (*hablando consigo mismo y como si no hubiese escuchado a Marta*): ¡Oh, estoy exhausto, estoy cansado, estoy con hambre y con sed! ¿Puedes darme un pedazo de pan y un poco de vino?

MARÍA (*yendo hacia él y abrazándolo*): Sí, hermano mío, sí. Pero ven a casa. Nuestra madre preparó la comida de la noche.

LOCO: Él pide un pan que ellas no pueden cocinar, y un vino del que no tienen botellas.

LÁZARO: ¿Dije que tenía hambre y sed? No es hambre de vuestro pan, ni sed de vuestro vino. En verdad te digo que no entraré en una casa mientras la mano de mi arriada no esté en la puerta. Y no me sentaré en la mesa de ningún festín, si *ella* no está a mi lado. (*La madre mira desde la puerta de la casa*).

MADRE: ¿Lázaro, por qué te quedas ahí afuera, en la niebla? ¿Y por qué no vienes a casa, María? Encendí las velas y la comida está en la mesa, mientras estáis ahí, charlando y masticando palabras en la oscuridad.

LÁZARO: Mi madre quiere que yo entre en una tumba. Me hará comer y beber y me pedirá que me sienta entre rostros amortajados y que reciba la eternidad de manos marchitas, y que escuche la vida de los vasos de arcilla.

LOCO: Pájaro blanco, que vuelas hacia el sur donde el sol ama a todas las cosas, ¿qué te hizo parar en pleno vuelo y te trajo de vuelta? Fue tu amigo, Jesús el Nazareno. Él te trajo de retorno con pena por los que no tienen alas y no podrían acompañarte. ¡Oh, pájaro blanco, hace frío aquí, tiembles y el viento norte ríe de tus penas!

LÁZARO: Preferís estar en una casa y debajo de un techo. Preferís estar dentro de cuatro paredes, con una puerta y una ventana. Os quedáis allí y no tenéis visión. Vuestro espíritu está aquí y mi espíritu está allá. Todo en vosotras está en la tierra; todo en mí está en el espacio. Entráis arrastrándoos en las casas y yo vuelo hasta lo alto de las montañas. Sois todos esclavos uno del otro, y no rendís culto sino a vosotros mismos. Dormís y no soñáis; despertáis, pero no paseáis entre las montañas. Y estoy aquí, en este momento, rebelado contra aquello a que llamáis vida.

MARTA (*que salió de la casa mientras Lázaro estaba hablando*): Pero el Maestro vio nuestra tristeza y nuestro dolor; te llamó de regreso a nosotras y aún te rebelas. ¡Es el paño que se rebela contra el tejedor ¡Es una casa que se rebela contra quien la construyó!

MARÍA: Él conocía lo que nosotras teníamos en el corazón y fue generoso con él. Cuando estuvo delante de nuestra madre y vio en los ojos de ella al hijo muerto y sepultado, la tristeza de ella lo hirió, y por un momento se detuvo en silencio. (Pausa) Después, nosotras lo seguimos hasta tu tumba.

LÁZARO: Sí, fue la tristeza de mi madre y vuestra tristeza. Fue la pena, el desconsuelo que me trajeron de vuelta. ¡Qué egoísta y profundo es el desconsuelo! Te digo que me rebelo. Te digo que la propia divinidad no debía transformar la primavera en invierno. Subí a las montañas lleno de deseo, y vuestra tristeza me trajo de vuelta a este valle. Queríais un hijo y un hermano para estar con vosotras a través de la vida. Vuestros vecinos querían un milagro. ¡Cómo sois de crueles, cómo son de duros vuestros corazones, y que negra es la noche de vuestros ojos! Por eso es que traéis a los profetas de la gloria en que viven hacia vuestras alegrías, y después los matáis.

MARÍA (*censurándolo*): Llamas a nuestra tristeza, "desconsuelo". ¿Y qué son tus lamentos sino desconsuelo? Cállate y acepta la vida que el Maestro te dio.

LÁZARO: Él no me dio la vida. Os dio a vosotras mi vida. La tomó de mi amada y os la dio en un milagro capaz de abrir los ojos y los oídos. Me sacrificó del mismo modo que se sacrificó. (*hablando al cielo*) Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

MARÍA (*llena de veneración*): Fue Él quien dijo esas palabras cuando estaba clavado en la cruz.

LÁZARO: Sí, Él dijo esas palabras por mí, por sí mismo, y por todos los desconocidos que comprenden y no son comprendidos. ¿No dijo Él esas palabras cuando le suplicasteis, con lágrimas, mi vida? Fue vuestro deseo y no la voluntad suya lo que hizo que se quedara frente a la puerta sellada e instara a la eternidad a entregarme a vosotras: Fue aquel *antiguo deseo por un hijo y por un hermano lo que me trajo de vuelta.

MADRE (*aproximándose a él, lo abraza*): Lázaro, siempre fuiste un hijo obediente y cariñoso. ¿Qué te sucedió? Quédate con nosotras y olvida todos tus problemas.

LÁZARO (*levantando la mano*): Madre mía, mis hermanos y mis hermanas son aquellos que escuchan mis palabras.

MARÍA: Esas también fueron palabras de Él.

LÁZARO: Sí, y Él dijo esas palabras por mí, por sí, y por todos aquellos que tienen a la tierra por madre y al cielo por padre, así como por todos aquellos que nacieron libres de un pueblo, de un país y de una raza.

LOCO: Comandante de mi navío, el viento te llenaba las velas y desafiabas al mar en busca de las Islas Bienaventuradas. ¿Qué viento contrario te cambió la ruta, y por qué volviste a estas costas? Fue Jesús el

Nazareno quien gobernó el viento con un soplo de su propio aliento, e infló las velas vacías y vació las llenas.

LÁZARO (*olvida de repente a todos, levanta la cabeza y abre los brazos*): ¡Oh, mi amada! Estaba la alborada en tus ojos, y en ella estaba el misterio silente de una noche profunda y la silenciosa promesa de un día espléndido. Yo sentía la plenitud. Oh, amada mía, esta vida, este velo está ahora en nosotros. ¿Debo vivir esta muerte y morir de nuevo para que puedas volver a vivir? ¿Tendré que esperar hasta que todas esas cosas verdes amarilleen, queden desnudas otra vez, y aún más? (*Pausa*) No lo puedo maldecir. ¿Pero por qué, entre todos los hombres fui yo quien debió volver? ¿Por qué, entre todos los pastores, tuve que ser llevado al desierto luego de haber conocido los prados verdes?

LOCO: Si fueses uno de aquellos que maldicen no habrías muerto tan pronto.

LÁZARO: ¿Jesús el Nazareno, dime ahora por qué hiciste eso conmigo? ¿Fue justo que yo fuese colocado como una humilde, baja y triste piedra que llevase a la altura Tu Gloria? Cualquiera de los muertos habría servido vara Glorificarte. ¿Por qué separaste a este amante de su amada? ¿Por qué me llamaste a un mundo que sabías íntimamente que ibas a dejar? (*clamando en voz alta*) ¿Por qué..., por qué..., por qué me llamaste desde el corazón vivo de la eternidad hacia esta muerte en vida? ¡Oh, Jesús el Nazareno, no puedo maldecirte! ¡No puedo maldecirte! ¡Yo te bendigo! (*Silencio, Lázaro se transforma en un hombre que ha perdido las fuerzas a borbotones. La cabeza pende hacia adelante, casi sobre el pecho. Después de un momento de silencio lleno de reverencia, vuelve a levantar la cabeza, y con el rostro transfigurado grita con voz profunda y emocionada*) ¡Jesús el Nazareno, mi amigo! ¡Ambos fuimos crucificados! ¡Perdóname! ¡Perdóname! Yo te bendigo... ahora y para siempre. (*En ese momento, el discípulo aparece corriendo, del lado de las montañas*)

MARÍA: ¡Filippo!

FILIPPO: ¡Resucitó! ¡El Maestro resucitó de entre los muertos y fue a Galilea!

LOCO: Resucitó, pero será crucificado de nuevo millones de veces.

MARÍA: ¿Qué dices, Felipe, amigo mío?

MARTA (*corre hacia el discípulo y lo toma por los brazos*): ¡Qué placer verte de nuevo! ¿Pero quién resucitó? ¿De quién estás hablando?

MADRE (*aproximándose a él*): Entra, hijo. Comerás con nosotros esta noche.

FILIPPO (*indiferente a todas las palabras de ellas*): Digo que el Maestro resucitó de entre los muertos y fue a Galilea. (*Cae en pro fundo silencio*).

LÁZARO: Ahora, todos me escucharán. Si Él resucitó de entre todos los muertos, será crucificado de nuevo, pero no será crucificado solo. Ahora yo lo proclamaré y ellos me crucificarán también.

(*En su exaltación se vuelve y camina en dirección a las montañas*).

Madre y hermanas, seguiré a Aquel que me dio la vida hasta que Él me de la muerte. Sí, yo también seré crucificado, y esa crucifixión pondrá término a esta crucifixión. (*Un silencio*).

Ahora buscaré su espíritu y seré liberado. Y aunque me prendan con cadenas de hierro seré libre. Y aunque mil madres y hermanas me tomen del manto, no estaré preso. Iré con el viento este hasta donde esté el viento oeste. Y buscaré a mi amada en el puente donde todos nuestros días se encontraban en paz. Y la buscaré adentro de la noche donde duermen todas las madrugadas. Y seré el único hombre entre todos que sufrió dos veces la vida y dos veces la muerte, y conoció dos veces la eternidad. (*Lázaro mira a la madre, luego a las hermanas, finalmente a Felipe; y nuevamente a la madre. Enseguida, como si fuese un sonámbulo se vuelve y corre hacia las montañas. Desaparece. Todos están atónitos y abatidos*).

MADRE: ¡Hijo, hijo mío, vuelve a mí!

MARÍA: ¿Adónde vas, hermano mío? Vuelve, hermano, vuelve a nosotras.

MARTA (*como para sí misma*): Está tan oscuro que yo sé que él se va a perder en el camino.

MADRE (*casi gritando*): ¡Lázaro, hijo mío! (*Silencio*)

FILIPPO: Él fue hacia donde todos nosotros iremos. Y no regresará.

MADRE (*va hasta el fondo del escenario, cerca del lugar donde Lázaro desapareciera*).

¡Lázaro, Lázaro, hijo mío, vuelve a mí! (*Solloza*). (*Hay un silencio. Los pasos de Lázaro, que corre, se pierden a lo lejos*).

LOCO: Ahora el partió y está fuera de vuestro alcance. Vuestra tristeza debe ahora buscar a otro. (*Pausa*) Pobre, pobre Lázaro, el primero y el mayor de los mártires.

TELÓN